

# LAS BODAS DE CANÁ: QUE NO SE ACABE LA FIESTA...

P. Orlando Escobar, CM\*

## Resumen:

La XX Asamblea General de la CLAR en Medellín (Colombia) escogió como icono bíblico para la reflexión durante el próximo trienio las bodas de Caná (Jn 2, 1-11). En este breve artículo, después de destacar algunos aspectos exegéticos del texto bíblico, se resalta el sentido festivo del icono que, aun en medio de la escasez y la tristeza en que viven comunidades enteras del Continente, nos invita a prolongar la fiesta. Para las Consagradas y los Consagrados es indispensable trabajar en dicho sentido festivo y en la alegría como don del Espíritu, tal como recientemente nos lo ha recordado el Papa Francisco en su Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate* (2018).

Palabras clave: Alegría, nupcias, mujer, fiesta, vino.

\*\*\*

\* Es sacerdote de la Congregación de la Misión y actualmente hace estudios de psicología en Salamanca. Fue provincial de su Comunidad y miembro de la Junta Directiva de la Conferencia de Religiosos de Colombia, y tomó parte en las dos últimas Asambleas de la CLAR. Es también licenciado en filosofía y en teología. Se ha desempeñado como formador en su comunidad y responsable de las publicaciones de su Congregación a nivel general.

La pasada Asamblea de la CLAR (agosto 2018), en el marco de los 50 años de la Conferencia de Medellín, realizada en esa misma ciudad colombiana, escogió un nuevo icono mariano para la vida, la inspiración y la reflexión en los próximos tres años. Si el texto de

la Visitación (Lc 1, 39-45) fue tan bien acogido y profundizado en el pasado trienio, tanto que estuvo a punto de repetir trienio, el de las bodas de Caná (Jn 2, 1-11), seguramente, nos dirá también mucho para la reflexión en América Latina y el Caribe en los próximos años que empiezan cargados de ilusiones y esperanzas.

## 1. Algunos aspectos exegéticos

Este exclusivo relato del cuarto Evangelio coincide con la conclusión del llamado de Jesús a sus primeros seguidores: Andrés, Pedro, Felipe y Natanael (1, 40-51), y es también la apertura que se prolonga hasta el segundo milagro de Jesús en Caná: la curación del hijo del funcionario real (4, 46-54). Entre las “cosas mayores” (1, 50) a las que hace referencia Jesús en su diálogo con Natanael, puede estar precisamente este inmediato milagro de Caná, revelación de su gloria ante los discípulos, los cuales efectivamente también fueron invitados a la boda (2, 2).

El signo de las bodas inaugura una parte del Evangelio de Juan a la que se le suele llamar “el libro de los signos” (Jn 1-12), el cual tiene en la resurrección de Láza-

ro (Jn 11, 1-44) su conclusión. En relación con las bodas, la presencia de María en esa fiesta “constituye por lo demás una inclusión con la escena bajo la cruz, en la cual de nuevo la madre está presente y Jesús emplea otra vez el ‘apelativo’ de mujer, distanciándose solo aparentemente (Jn 19, 25-27). María -cuyo nombre no se menciona- se percibe en su papel femenino e histórico-salvífico, que supera la individualidad. El tema de la gloria de Jesús remite por anticipado a su plenitud como aquel que ha de ser glorificado en su muerte en la cruz y la resurrección” (Beutler, 2013).

Una estructura del texto de las bodas de Caná puede estar constituida por los siguientes elementos: ambientación del signo (2, 1-3a); diálogo entre María y Jesús (2, 3b-5); diálogo entre Jesús y los sirvientes (2, 6-8); diálogo entre el maestresala y el esposo (2, 9-10); y conclusión teológica (2, 11) (Zevini, 1995). Todos los elementos de esta perícopa tienen un carácter festivo propio de un matrimonio, empezando por la boda misma (v. 1 y 2); la invitación a la fiesta (v. 2); el vino (v. 3, 8, 9 y 10); el maestresala (v. 8 y 9); el novio (9 y 10); el inicio de la nueva vida de esposos (aunque no

se menciona explícitamente); y el comienzo de la gloria de Jesús (v. 11). El milagro, que sucede en un evento en el que suele participar mucha gente, tiene un cierto carácter triunfal, aunque el verdadero triunfo con la resurrección deberá esperar hasta los capítulos finales, al igual que sucede en los demás Evangelios.

## 2. El vino, la abundancia y la fiesta

No hay duda de que, después de Jesús y su madre, del maestresala y el novio, el mayor protagonismo entre los elementos del signo que realiza Jesús lo tiene el vino, mencionado seis veces explícitamente y por lo menos dos de forma implícita. Sobre la importancia del vino en este relato se puede destacar lo siguiente:

Dionisio, uno de las deidades griegas, además de descubrir la viña, hizo milagrosos cambios de agua en vino. Investigaciones arqueológicas en un templo de Corinto del siglo quinto antes de Cristo dan a entender que, estas transformaciones tenían también lugar en el culto a la mencionada deidad, lo que da lugar a pensar que en los cultos paganos se pueden encontrar precedentes

de este milagro de Caná. Es muy probable, que estos hayan sido conocidos por los lectores del cuarto evangelio, como Filón de Alejandría (25 aC - 50 dC), quien afirma que el Logos es de hecho el vino mismo, “delicia, dulzura, regocijo, júbilo, ambrosía, cuyas propiedades medicinales proporcionan alegría y felicidad” (Barret, 2003).

Beutler (2013), citando a Pausanias (110-180 dC), recuerda que “los sacerdotes colocan tres tinajas vacías en Elis en la fiesta de Thyios en el templo de Dionisio y lo sellan ante testigos; a la mañana siguiente, las tinajas están llenas de exquisito vino (6, 26, 1s) (p. 88).

Siguiendo a Schweizer, el anteriormente mencionado Barret (2003) llega a decir que se puede inferir que la narración de las bodas tuvo un origen no cristiano, dadas sus diferencias con el resto de los relatos del cuarto Evangelio, pero claramente afirma también que dicho texto tiene relación con la tradición evangélica (parábola de los invitados a la boda Mt 22, 1-14; e intervención de Jesús: “¿acaso pueden ayunar lo amigos del novio?” de Mc 2, 19). Por su parte, parece evidente que, en

el relato de las bodas, Juan quiso manifestar la superación del judaísmo en la gloria de Jesús (2, 11), tomando para ello fuentes paganas, lo cual está demostrado en el agua que estaba en las tinajas, milagrosamente cambiada en vino, y que era la destinada para los rituales de purificación judío (2, 6) (cf. p. 283-284).

De acuerdo con el Antiguo Testamento, el vino es signo de gozo y amor entre los esposos, imprescindible en las bodas (cf. Cant 1, 2; 5, 1; 7, 10; 8, 2); es considerado por los profetas gran regalo de Dios, y la ausencia del mismo se debía a la infidelidad de Israel y es una tragedia (cf. Jl 2, 19-26; 4, 18; Am 9, 13-14; Is 25, 6; 2, 5; Os 2, 21-24). “Para la tradición judía en general el vino va asociado a la *torá*, de la que es uno de los símbolos preferidos (cf. Prov 9, 25; Eclo 24, 23). Así pues, sobre el trasfondo del judaísmo se puede decir que el vino de Caná simboliza la Palabra de Dios, la revelación de Jesús, la *gracia de la verdad* que Él ha traído, o sea, el don de su revelación escatológica: ‘la ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por Cristo Jesús’ (1, 17)” (Zevini 2013, p. 92-93).

El vino mejor (2, 10) dejado para el final, que de alguna forma evoca la viva imagen de Isaías (25, 6), según la cual el mismo Yahvé preparará un festín de succulentos manjares y vinos generosos, nos lleva a pensar, siguiendo a Beutler (2013), que si en el relato de Caná “Jesús aparece como dispensador de alegría y abundancia a la manera de Dionisio, esta perspectiva coincide con la obtenida del Antiguo Testamento. También aquí Jesús dona alegría corporalmente experimentable en el banquete de bodas festivo posibilitado por él” (p. 88).

La precariedad de unas bodas en las que se ha agotado el vino, la indigencia que ello comporta en la peor de las circunstancias y la oportuna intervención de la “mujer” dan lugar a la actuación providencial de Jesús que probablemente, hablándolo en términos humanos, ha sido sorprendido por ambos hechos, los cuales de alguna forman precipitan la hora y por consiguiente el preciado milagro que salva la fiesta, manteniéndola en su tensión propia, y con la abundancia del don la prolonga, de acuerdo con las costumbres judías. De hecho, unas bodas duraban una semana. La cantidad

de agua transformada en vino, no hablemos del ya consumido, pudo haber estado entre 480 y 720 litros. Sin embargo, el verdadero milagro consiste en que, en Jesús, Dios se ha hecho visible y accesible (Zumstein, 2016).

El mismo Beutler (2013) invita a poner atención en el simbolismo de la ausencia del novio y de la presencia de la “mujer” (2, 24). Al comienzo de su vida pública Jesús festeja con el grupo de sus discípulos la apertura de una nueva era de la historia salvífica, la irrupción de la alegría del final de los tiempos en el momento supremo de la relación de alianza, el comienzo de la nueva y eterna alianza bajo la imagen de una un banquete festivo de bodas (p. 88).

No es una coincidencia que, en el inicio de la vida pública del Maestro, narrada por el cuarto Evangelio, no haya necesariamente una llamada a la renuncia y al cambio, ni tampoco referencias a la irrupción del Reino de Dios. Al contrario, Jesús inicia sus signos con una intervención cargada de simbolismo que evidencia desde el comienzo lo que él desea comunicar: la alegría nupcial de la etapa final, significada en el don generoso del vino a unos recién

casados. “La imagen del milagro del vino en Caná nos muestra a un Jesús que regala alegría en abundancia, y lo hace celebrando una fiesta que alegra el corazón del hombre más que todas las demás, celebrando una boda” (Beutler 2013, p. 88). Estas bodas nos conectan inevitablemente con las nupcias del verdadero “fin de la historia”, narrado por Juan en el Apocalipsis (21, 1-4).

Por ello la conclusión del relato de las bodas es a mi parecer, uno de los mejores resúmenes del inicio del ministerio de Jesús, no sólo del cuarto Evangelio, sino de todos ellos: “Este fue el primer milagro que hizo Jesús, en Caná de Galilea, y manifestó su gloria y creyeron en Él sus discípulos” (2, 11). Es como un pequeño índice que contiene el inicio de la vida pública y de la misión, la anticipación del final (su gloria) y lo esencial del discipulado, la fe en Jesús, creer en Él. Como afirma Zevini (1995), “La escena de las bodas, puesta al comienzo del ministerio profético de Jesús, asume el carácter de manifiesto programático de su misión y constituye la síntesis anticipada del cumplimiento de su obra, que tendrá su punto culminante en la escena de la cruz (19, 25-30). Caná es el co-

mienzo de los signos, el alba del día de Cristo” (p. 89).

### 3. Leyendo nuestro contexto...

Es evidente la dimensión altamente festiva de nuestros pueblos latinoamericanos y caribeños que, en medio de la escasez, la penuria y el dolor son capaces de encontrar recursos humanos, espirituales y materiales para hacer fiesta hasta de lo más insignificante. Hay que reconocer que a veces también el pueblo se alinea con tanto carnaval y cerveza. Más típico aún de este carácter festivo propio nos lo da la grande porción negra de origen africano, presente no solamente en América Latina y el Caribe sino también en los Estados Unidos, en donde sigue todavía hoy, en el siglo XXI librando la lucha contra la discriminación que es una ofensa a Dios y a la dignidad humana.

Este carácter festivo, reconocido por la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe (Aparecida, 2007), se manifiesta “en la caridad que anima por doquier gestos, obras y caminos de solidaridad con los más necesitados y desamparados. Está vigente también en la conciencia de la dignidad de la persona, la

sabiduría ante la vida, la pasión por la justicia, la esperanza contra toda esperanza y la alegría de vivir aun en condiciones muy difíciles que mueven el corazón de nuestras gentes. Las raíces católicas permanecen en su arte, lenguaje, tradiciones y estilo de vida, a la vez dramático y festivo, en el afrontamiento de la realidad” (No. 7).

Caná nos invita a la gratitud a Dios (que provee) y a los que sirven (quienes siguiendo una orden llenan las tinajas de agua), a apreciar los medios que hacen posible el milagro (como las tinajas y el agua), al goce de las cosas pequeñas y sencillas, tal como nos lo pide el Santo Padre en su última exhortación apostólica: “Es tanto lo que recibimos del Señor, ‘para que lo disfrutemos’ (1 Tm 6, 17), que a veces la tristeza tiene que ver con la ingratitud, con estar tan encerrado en sí mismo que uno se vuelve incapaz de reconocer los regalos de Dios” (*Gaudete et Exsultate*, No. 126).

Las bodas de Caná nos hacen incluso pensar en lo cotidiano de los matrimonios entre nosotros, a los cuales somos invitados, aunque no necesariamente ocurran en el contexto religioso. Son ocasiones

para compartir la fiesta, llevar un regalo, y en muchas ocasiones demandan por parte de quienes los organizan grandes recursos. Lo normal suele ser que haya abundancia de comida y también de licor. A veces las familias quedan endeudadas a raíz de estas fiestas. El consumo de licor debería ciertamente ser moderado, entre otras cosas, para no perder la conciencia y poder mantenerse “en estado de fiesta”.

Pero aun en el matrimonio más organizado pueden existir sorpresas como la de Caná porque se acaba el licor, o incluso puede llegar a faltar comida. Se ha puesto de moda la confirmación de la asistencia, precisamente para evitar sorpresas, pero urgencias se pueden presentar, las cuales muchas veces dan lugar, como en esta boda, al milagro, a una gran solidaridad entre amigos y vecinos para resolver la necesidad, aunque en los matrimonios estas sorpresas no son ciertamente lo más común. Por muy improvisadores que aparentemos ser, los matrimonios se preparan anticipadamente, los platos se encargan con tiempo y el pastel de dos o tres pisos no puede faltar; no se diga la música y el baile... Y aunque no se prolonguen por

una semana como entre los judíos, la fiesta puede durar toda la noche y hasta el día siguiente. Se ha puesto de moda también celebrar los matrimonios en fincas y espacios fuera de la ciudad para asegurar la privacidad, e incluso la prolongación de la fiesta.

Las bodas de Caná nos llevan a pensar en la oportuna intervención de la mujer (“no tienen vino”), en la providencial acción de su hijo (“llenen las tinajas de agua”) y en la alegre reacción del maestresala (“tú has guardado el vino mejor”). Afortunadamente no puede faltar una mujer que, a veces incluso ‘sin tomarse un trago’, es capaz de percibir la necesidad y la carencia, y mover todo lo que está a su alcance para encontrar una solución eficaz. ¡Benditas esas mujeres, pues son la mayoría! Tampoco falta, y mucho menos, la acción providencial de Dios que da la fuerza y los medios a los recién casados para preparar todo anticipadamente, de modo que todos queden contentos.

El Señor ocupa un banco en nuestras fiestas, nos quiere felices y desea que haya siempre abundancia: “No estoy hablando de la alegría consumista e individualista tan presente en algunas



experiencias culturales de hoy. Porque el consumismo solo empacha el corazón; puede brindar placeres ocasionales y pasajeros, pero no gozo” (*Gaudete et Exultate*, No. 127). Dios ha hecho todo para nuestro bien y quiere, como la Iglesia lo predica en su doctrina social, que dichos bienes tengan un destino universal. Finalmente, el maestresala representa de alguna forma a los invitados que deben quedar satisfechos, no borrachos, después de la fiesta.

Dios, y también por supuesto su madre, son los menos interesados en que la fiesta se arruine; están felices cuando estamos en familia, con los amigos, en comunidad, contentos y plenos. Desde el comienzo hizo Dios hombre y mujer para que, siendo una sola carne, se multipliquen y pueblen la tierra, no tanto para que la dominen como para que la cuiden, de forma que haya suficientemente para todos, sin excepción.

Estas bodas de Caná son el signo de que Dios ama la fiesta. Cada Eucaristía es una fiesta, un banquete que profetiza lo que debe ser (pan partido para todos) y que anuncia lo que vendrá, un cielo nuevo y una tierra nueva donde tienen lugar la justicia, la frater-

nidad y la fiesta de siete días, es decir, la celebración sin fin, donde estarán ausentes las lágrimas y la muerte (cf. Ap 21, 4).

#### 4. Conclusión

Si lo que hemos querido expresar en los párrafos anteriores a partir del texto de las bodas de Caná es algo del sentido de la fiesta, qué bueno sería que no descuidáramos este importante aspecto de nuestra vida, como consagradas y consagrados en América Latina y el Caribe. Por ejemplo, es importante recuperar el valor del domingo como momento de encuentro y de fiesta, principalmente a través de la Eucaristía, pero también por medio de la reunión y del festejo. A veces es un día, más de descanso personal que un día en común. La oración del domingo en la mañana y la consiguiente Eucaristía nos dan la oportunidad de hacer de ello algo festivo y alegre que inspire las vocaciones y los jóvenes.

Así mismo, es pertinente la participación en las reuniones y las fiestas de la Comunidad, pero también, en la medida de lo posible, en las de nuestras familias de origen, las cuales nos pueden dar una oportunidad para la evange-



lización, toda vez que la familia extensa se reúna para estas ocasiones. Los funerales no deberían ser las mejores ocasiones para la reunión de todos. La muerte dura un momento, la existencia toda la vida.

¿Por qué no pensar también en lo oportuno de nuestra participación en las fiestas de nuestros amigos, vecinos, y también en las fiestas de los pobres? Aunque sean pobres no dejan de hacer fiesta. Nos permiten un contacto con su realidad, con sus celebraciones, con su irrenunciable sentido festivo. También hay fiestas en las parroquias y en otros espacios. En la fiesta el corazón suele estar libre y relajado. Pueden ser además una buena terapia para nuestro excesivo estrés y prevención de enfermedades.

Si Jesús, su madre y sus discípulos fueron a una fiesta de bodas, debe ser bueno también para nosotros no perdernos la fiesta. Ellas son incluso la oportunidad para llevar algo que po-

damos compartir con los otros, tener un detalle con quien es festejado, tomar un asiento en estos momentos, de alguna forma, nos anticipan la fiesta sin fin, *así en la tierra como en el cielo*.

## Bibliografía

- Aparecida. (2007). *Documento Conclusivo*. Bogotá: San Pablo.
- Barret, C. K. (2003). *El Evangelio según San Juan*. Madrid: Cristiandad.
- Beutler, J. (2013). *Comentario al Evangelio de Juan*. Navarra: Verbo Divino.
- Fernández, B. (2018). *La boda de Caná*. Madrid: PPC.
- Francisco. (2018). *Gaudete et Exsultate*. Roma: San Pablo, Bogotá.
- Zevini, G. (1995). *Evangelio según San Juan*. Salamanca: Sígueme.
- Zumstein, J. (2016). *El Evangelio según Juan*. Salamanca: Sígueme.